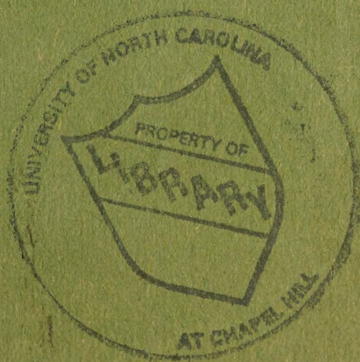
XV • XII • MCMXII

San José, Costa Rica

Arabescos

Revista de Arte
• Prosa y Verso



• San José, C. R. •
Tipografía Alsina

• • • • 1912 • • • •

San José de Costa Rica

Año I

15 Diciembre de 1912

Número 1

ARABESCOS

Revista de Prosa y Verso

Manojo de lirios

A la fragante y venusta rosa del jardín tropical costarriqueño, á la bella y distinguida señorita Soledad Rodríguez Villarreal, lo ofrendo respetuosamente.

Mórbida flor de amores dulcemente soñada,
que tiene [illegible] incomparable ondina;
bajo una az[illegible]enda, sonrisa eternizada
en las fúlgidas aguas de una tarde opalina.

Poema de hermosura por el Amor cantada,
ella guarda el halago del goce que fascina,
y en las caricias tenues de la luz, su mirada
evoca soñaciones de gloria vespertina.

Sultana se me antoja de morisca ciudad:
me imagino un alcázar... una guzla doliente...
¡oh cantos de tristeza... oh reina de Bagdad!

Aquella guzla árabe solloza tristemente,
en la Mezquita hay fieles... ¡oh rosa del Oriente
de esencia misteriosa, divina Soledad!

Federico Madriz

Besos

Noche. A lo lejos se desmadeja el hilo de oro de una flauta. Una pastorcita canta:

Las ovejas tienen frío
las ovejas balan. . balan...
Yo no lloro ni me quejo
¡y tengo frío en el alma!

Él.—¿Apostamos?

Ella.—¿Un beso por cada estrella? Pero si no hay ninguna.

Él.—En invierno las estrellas nacen tarde. Aguardemos...!

La iglesia lejana dá doce campanadas. De entre una nube negra surge un lucero.

Ella.—¿Ves? Ya hay una... (y el pastorcito estampa un beso en la frente de la pastora).

Él.—Allá en aquel pedacito azul como que hay otra. ¿Verdad?

Ella.—No la distingo bien, pero si tú la ves...

Él.—¡Sí! Y allá hay otra... otra... otra... (Besos).

Y en el cielo negro apenas brilla un lucero. Los pastores siguen buscando estrellas.

Ella.—¡Qué malos son los astros!

Él.—En invierno las estrellas nacen tarde! Aguardemos...!

Y los pastores aguardan y el infinito sigue negro, sólo negro...

Un resplandor indeciso ilumina la cima del monte dormido. El cielo empieza á aclararse.

Ella.—¡La luna...!

Él—¡Qué grande y qué triste!

Ella.—¿Y no me besas?

Él.—¿Un solo beso...?

Ella.—¿Cuántos besos valdrá la luna? ¿Quieres veinte?

Él.—Más...!

Ella.—¿Quinientos?

Él.—Más...! Más...!

Ella.—¡Vamos! Los que quieras! Hasta que te canses...

Y bajo la calma misteriosa de las hojas principia una sagrada canción de besos. Y al fin nace el sol. Y el pastorcito aún no se ha cansado de besar.

Luis A. Cuervo

Andaluza

Si hubo una riña y un duelo
y una navaja enterrada
por esa flor encarnada
que sangra sobre tu pelo;
¿por tu sonrisa, qué hubiera?
¿qué, por tu boca encendida
y ¿qué por esa atrevida
mirada que es una hoguera?

Tu más pequeño favor
con vidas debe pagarse,
y hasta es justo improvisarse
criminal por una flor,
con tal de verte tranquila,
junto al cadáver que queda,
arrebujada en la seda
de tu mantón de Manila.

Bien sabes que á nadie enoja
dejar vagar la mirada,
sobre tu falda manchada
de flores de sangre roja,
porque ya está convenido
que son esos lamparones,
un fleco de corazones
al borde de tu vestido.

Y cuando te alejas, sola,
con tu mirada salvaje,
oculta tras el encaje
de la mantilla española,
desatas nuevos delirios
y vas pisando engreída,
sobre una alfombra florida
de capas y de martirios.

Manuel Ugarte

Oriental

La pagana arquitectura
de algún busto sobrio y lleno
donde irradia en lumbre pura
la frescura
voluptuosa de algún seno;
y la luz de una mirada,
sosegada
como un faro
dulce y claro,
y el calor
de unos labios entreabiertos
que aseguran
vivas dichas, goces ciertos,
al amor;
y las combas palpitantes,
y cabellos que ondulaban por el torso,
lujuriantes,
y aquel pálido arrebol
que colora unas mejillas verdeantes,
como un sol;

mustias flores,
las ojeras
que recubren y delatan los ardores
de volcanes inextintos de ambiciones prisioneras;
y los brazos, los desnudos, torneados, albos brazos,
tersos, mórbidos, cual hechos
para abrazos
y destrozo y cautiverio de otros brazos, de otras ansias,
de otras almas, de otros pechos;
y aquel pie
cuya huella
en el loco vals se ve
deslizarse rauda y bella
por la alfombra,
como, al véspero, una estrella
gira en torno de una sombra;
la armonía incitadora
de algún cuerpo, que á deshora
evocando el himeneo,
oarístico atesora,
como un vino,
lo divino
de la fiebre y del deseo...
con fantásticas maneras y quiméricos perfiles,
con el triunfo dominante de su canto y melodía,
y al sonoro
clamoreo de su lloro,
—por turbar mi mente—un día
llegó en sueños
de belleza
todo un coro.

Era un Sábbat de locuras—
corte augusta y real decoro
que alumbraban con sus puras
tibias lámparas de oro,
rosa, argento,
las pasiones que yo adoro,
las pasiones que yo aliento,
los caprichos más sutiles,
y afrodíticas bravuras,
y alegrías y ternuras
y recuerdos juveniles
y ostentosos,
de carnal florecimiento,
que lloraban,
que lloraban, que lloraban, taciturnos y gloriosos,
por el viento.

Abel Farina

De "Sonetos regios"

Hoy no ha venido el bufón
y la princesa está triste;
dice que no resiste
el *tic-tac* del corazón.

Bécquer, Schiller, Goethe, Allons,
Teóphile Gautier, qué te hiciste?
la melancolía insiste
inyectando la aflicción.

Pobre Princesa! en el piano
posa, inconsciente, la mano
reviviendo un *si mayor*,

mientras mira con desmayo
cómo se doblega el tallo
de una margarita en flor!

Raúl Salazar A.

Poniente

Espéjanse en la ciénaga tranquila
juncos inverosímiles y cañas
anémicas cual lúgubres pestañas
que velan una líquida pupila.

La fúnebre humedad de las campañas
en desabridos hálitos se haíla,
y desde el mar distante un vaho lila
inciensa lentamente las montañas.

Compungida, en hierática postura,
sobre el pantano en cuya quieta hondura
palpitan hipos de cristal sonoro,

sueña la garza solitarios duelos;
mientras el sol en los azules cielos
pone una larga pincelada de oro.

Leopoldo Lugones

Alma!

Para Federico Madriz, soñador y ecléctico

Alma que en todos los caminos
ya habéis interrogado á todos
los misterios,
erguidos cual mudas esfinges
de silencio....
en la inicial de todos los senderos!

Alma que viste en los abismos
del desamor y la tristeza
la floración de los martirios.

Alma que flotáis á los vientos
como el airón de mis ideales,
por el Sahara
deste ambiente en que vivís
bajo este sol positivista,
que origina la sed del oro
insaciable....

Alma que lleváis en tu seno
los dioses que adoráis y el ara
donde oficia
el Verso, que viste la púrpura
imperial de tu egotismo....

¡Alma mater! ¡Alma fecunda!
¡Alma mía,
dolorosa y desencantada,
revélate siempre! Siempre vive
de la fuerza que hay en tí misma!
Sé valiente,
desdeña guijarro y espina,
desafía al abismo y vuela
aprisionando en tu pupila
toda la visión del espacio
infinito....

Y si un día
has de ser en la contienda herida:
desángrate
en una cumbre inaccesible
desgarrada orgullosamente
por un águila ...!

Roberto Valladares

Costa Rica, 1912.

Salomé

Bajo la luz bermeja de las antorchas pasa
danzando, suelta al viento la leonada melena,
y entre las espirales de sus velos de gasa
transparece el incendio de su carne morena.
Deslumbran de sús joyas el vivo centelleo,
vierten los incensarios perfumes orientales,
y tiemblan al mirarla y rugen de deseo
los tigres de los Siete Pecados Capitales
Triunfalmente sonríe, en tanto que el pie avanza
tejiendo los armónicos encajes de la danza
que riman las ajorcas con su temblor sonoro...
Y sostiene en el arco de sus brazos de artista
sobre la crencha indócil la bandeja de oro
donde sangra la trunca cabeza del Bautista.

Francisco Villaespesa

Aquellos ojos!...

¡Qué infinita y luctuosa tristeza había en la desolación de aquellos ojos yertos!... ¡Nunca expresaron tan hondamente, ojos humanos, el vacío de la tiniebla inmensa! Yo los miré un momento y sentí un acabamiento de vida... Inmóviles obscurecían la lívida faz del muerto...

Cuando la noche reinó, almas piadosas encendieron cirios y entonaron rezos. La sombra del destino trágico se cernía implacable sobre el abismo de esa muerte. ¿Qué impulso aciago me llevó allí en la hora espectral? Poseído de espanto, esperaba algo: una voz siquiera de revelación. Pero, ah! qué solo me sorprendió la última luz.

Muy cerca de mí había una mujer pálida vestida de luto... Lleno de inquietud le expresé mi angustia por aquellos ojos, y ella sonrió levemente, pero no dijo nada y se alejó en la sombra...

Una desconocida me dijo cosas vagas de la muerte, suspirando en religiosa intimidad; sus palabras eran quedas y dolorosas. Entonces le hablé del misterio de aquellos ojos, lamentándome de la negra y terrible desolación que ellos ejercían. Ella me miró un momento llorosa y pálida, pero no dijo nada y se alejó en la sombra...

Los cirios alumbraban la estancia lúgubremente. Un Cristo viejo se destacaba en el altar entre los paños negros. Y se oían vagas lamentaciones y el rumor de los rezos que se perdían en la noche llena de sopor y desamparo.

Ansiosamente busqué un rincón obscuro para pensar en el misterio de aquellos ojos, para calmar á solas mi dolor, pero muchas mujeres se llegaron á mí y me dijeron cosas tristes de otros tiempos, presagiando mayores desengaños. Entonces más que nunca mi angustia se hizo trágica, impetuosa como un ardiente arrebato de locura. ¿Qué poder tremendo me obligaba á *saber?* Les hablé del abismo de aquellos ojos que la noche hacía pavorosos, y todas atónitas oyeron mi pena funeral, pero no dijeron nada y se alejaron pensativas...

Yo las miré desaparecer lentamente... y triste y pálido con mi cruel angustia me alejé en la sombra...

. . . .

Manuel Consuegra

Para ellos

Hermano taciturno: yo laudaré tu mano
que desgarró la zarza por demandar el lirio,
tu mano escarnecida, tu mano de gitano,
crispada por un gesto de dolor suprahumano,
como si presintiera los clavos del martirio;

y tus pies, tus desnudos pies, que por donde quiera
señalaron su avance con rastro ensangrecido,
sin que jamás un bálsamo de piedad los ungiera;
tus pies que no te pueden llevar á otra ribera
sino á la solitaria ribera del Olvido;

laudaré tu cabeza, por el cardo incisivo
desgarrada; tus labios que ignoran la caricia;
tus hombros que soportan el madero agresivo,
y tus ojos, que miran con ese pensativo
mirar, de los que tienen hambre y sed de justicia.

Nada esperes, hermano: ni la paz, ni la gloria,
ni el amor. Aunque todos tus dolores supliquen,
tendrás la injuria, el odio, la púrpura irrisoria,
—mientras vayas trepando por la ruta expiatoria—
y la esponja de Nefas, cuando te crucifiquen.

Pero sabe: al dejarte las turbas asesinas,
sobre sus pies llagados, subirá lentamente
el trágico Maestro, y sus manos divinas,
de tu muerta cabeza quitarán las espinas,
para encender un beso de amor sobre tu frente.

—Cuando por tu camino desfilen los gitanos,
cuando pasen, poeta, las turbas haraposas,
tírales una rosa de paz á tus hermanos,
que tambien los gitanos necesitan de rosas.

F. Martínez Rivas

Suprema lex

Sí, Dios lo quiere á veces. La sangre, las matanzas
vienen como una triste y aterradora ley;
señala lo infinito, momentos de venganzas;
rompe la jaula el águila, quebranta el yugo el buey.

Terrible es la tormenta que trae las asechanzas,
la rabia del rebaño, las iras de la grey;
que pone las cabezas sangrientas en las lanzas
y arranca con la vida la púrpura del rey.

Sí, Dios lo quiere á veces; y envía al cataclismo,
hace brotar siniestro del fondo del abismo
las lívidas borrascas, la negra tempestad.

Para que surja en medio de la ardua noche trágica
como divina enseña, como corona mágica,
tu nimbo constelado de luz, ¡oh Libertad!

Rubén Darío

Kásida

Nací en la tierra del muslemita,
Tierra que bañan Darro y Genil,
Nací en la corte del Nazarita
¡Ciudad bendita!
Donde vencido calló Boabdil.

Cuando entre brumas abandonada
Duerme la Alhambra que fué mi hogar,
Triste suspiro por mi Granada
¡Joya preciada!
Que con encajes labró Alhamar.

Alhambra bella, sueño del moro,
Joya brillante de noble Emir,
Bajo tus techos de cedro y oro,
¡Regio tesoro!
Alhambra bella.... quiero morir.

R. de Córdoba

Los camellos

Lo triste es así...

Peter Altenberg

Dos lánguidos camellos de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse y luego
el soñoliento avance de sus bellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra
cuando cierra los ojos el moribudo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finje,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
—«Amamos la fatiga con inquietud secreta...»
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin sombras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga:

Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

Oh artistas! Oh camellos de la llanura vasta
que váis llevando á cuestas el sacro Monolito!
Tristes de esfinge! Novios de la Palmera Casta!
Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

Qué pueden los ceñudos? Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome—camello que cabalgó el Exidio...
cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si á mi lado pasa la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

Guillermo Valencia

Granada

Aquel que viene á mí, atormentado por la sed,
hallará el agua fresca y pura, dulce y sin mezcla.

ABOUL HAOD JADY

(Inscripción de la Alhambra)

Versalles de los árabes, voluptuosos señores
que la vida gozaron con pasión y armonía,
que cultivando el arte, la ciencia y los amores
baluartes levantaron á la melancolía.

Tus frondas y tus fuentes de mi alma los ardores,
Alah, bendito sea, refrescaron un día;
y lancé mis suspiros desde tus miradores,
como Boabdil llorando desde la sierra fría.

A los reyes católicos en su triste morada
dejé yo dos coronas de flores tropicales
cogidas en los cármenes de la Nueva Granada,

allá donde rodeado de sauces y rosales,
en tumba que visitan las águilas caudales,
descansa don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Guillermo Posada

PAPELERÍA É IMPRENTA ALSINA.—SAN JOSÉ, COSTA RICA

Nota

No obstante la marcada y glacial indiferencia con que se ve en esta tierra cualquier esfuerzo que tienda á levantar la augusta magestad y pureza del Arte al cielo esplendoroso del Idealismo Supremo, se arroja á la luz pública este primer número de la revista literaria ARABESCOS, que se esforzará, cuando lo pueda, en mantener latente y erguido el Culto Divino.

ARABESCOS será distribuida entre infinidad de gentes, visitará innumerables hogares y arribará á lares extranjeros, sin que por ello se cobre remuneración alguna.

ARABESCOS se publicará una que otra vez, muy pocas, quizá con largos intervalos una de otra, cuando un homenaje meritorio reclame su atención y ella pueda responder á él; cuando la necesidad literaria lo demandara, imponiéndose en el corazón, pero, sobre todo, cuando intensa y sublime vibre sonora la nota gigantesca de la Poesía, como una voz divina y hermana en el fondo del alma, y la hable fascinadoramente y la recuerde el Infinito Culto del Ideal, que se trueca en realidad palpitante, cuando en él penetra el ser y se satura con la astral pureza de su blanca voluptuosidad.

Federico Madriz

Arabescos

Revista de Arte, Prosa y Verso

San José, Costa Rica